FERNANDO LÓPEZ



A LAS DIEZ DE LA NOCHE

(Y OTRO CUENTO...)

eduvim

Pajarito de agua es una colección creada por **Eduvim** (Editorial Universitaria Villa María) para difundir la literatura de Villa María y de Córdoba. Es de distribución totalmente gratuita. Queda totalmente prohibida su reproducción total o parcial. Asimismo tampoco se permite su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo y expreso del Editor.

ISBN 978-987-1518-07-4
© EDUVIM – Editorial Universitaria Villa María
© Fernando López
Queda hecho el Depósito que establece la Ley 11.723

Cualquier parecido de los relatos de este libro con la Realidad es mera coincidencia. La responsabilidad por las expresiones vertidas en estos cuentos corre por cuenta de sus autores. Su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista ni del Director Editorial, ni del Consejo Editor u otra autoridad de la UNVM.

Diseño de Tapas: © Robinson Ríos
Diseño de Interiores: © Sebastián Dinolfo

La publicación de estos cuentos se realiza con el auspicio del Proyecto de Voluntariado Universitario “Leamos a Córdoba en su Literatura” del Programa Permanente de Extensión de la Cátedra de Literatura Argentina I y II del Profesorado en Lengua y Literatura de la UNVM. Secretaría de Bienestar. Políticas Universitarias.

A LAS DIEZ DE LA NOCHE

A las diez de la noche de un viernes de setiembre comenzó a llorar. De repente, sin ruidos molestos, a razón de un par de lágrimas por minuto. El marido escuchó que moqueaba pero no le dio importancia al asunto. Pensó que la había conmovido la película que miraban en televisión. Después se durmió y no tuvo noticias de que sucedieron otras lágrimas, con la misma frecuencia de un minuto.

A la mañana siguiente, como era su costumbre, la despertó para invitarla al amor. Notó en sus labios un sabor distinto al de todos los días, pero no tuvo tiempo para detenerse a pensarlo. Ella entró al baño mientras él se peinaba y le recomendó que no anduviera desnuda si quería curar su resfrío. Tenía los ojos brillantes, la nariz enrojecida, una sonrisa que no era la de siempre.

Volvió del trabajo, se lavó las manos y se sentó a comer concentrado en la pantalla del televisor. Los niños habían cenado y le reclamaron

chocolates, pero no le comentaron nada respecto a mamá. Al volver de la escuela habían hecho los deberes y pasaron la tarde jugando sin prestarle atención. Una pequeña hinchazón en los párpados apenas si era razón para que fuera advertida.

A los pocos días aumentó la frecuencia a nueve lágrimas por el ojo izquierdo y a diez por el derecho y se vio obligada a usar pañuelo, mañana tarde y noche sin interrupción. Ambos niños se dieron cuenta al besar sus mejillas salobres, y pensaron que había tenido un accidente doméstico. No le dijeron nada a su padre porque a los diez minutos de Tom y Jerry lo habían olvidado por completo.

Cuando era de quince por el izquierdo y catorce por el derecho su marido tuvo un sobresalto: descubrió que la pesadilla en la que se ahogaba tenía su razón de ser en la almohada hecha sopa que ella intentaba estrujar sin despertarlo. Debió confesar que le ocultó su padecimiento confiada en lo pasajero de su dolencia, una alergia que seguramente vendría con las cuchillas del polen sobre los vientos de primavera. Luego se amaron con la misma intensidad de siempre.

El médico descartó la alergia porque no hubo ninguna evidencia en los resultados de los análisis. Con gesto de sabio fijó todas las citas de

un día para la mujer y se encerró con ella a estudiarla. De las posibles hipótesis le atrajo la menos probable, la que no se nombraba en ninguna enciclopedia: la de los lagrimales perforados. Hizo un resumen de antecedentes, consultó con sus colegas del mundo y echó a rodar la especie de una experiencia sensacional.

Las cosas se complicaron más cuando subió la frecuencia a cien lágrimas por ojo y por minuto. La pobre mujer mostraba los signos de un doble agotamiento: el producido por el llanto, el producido por el fracaso de los médicos. Ya no hubo razón física alguna para justificar ese fenómeno, había que buscar en la profundidad del subconsciente para promover la verdad a otro nivel más accesible, que acaso tenía que ver con sus relaciones inmediatas.

Los miembros de la familia aceptaron el desafío como una cuestión de vida o muerte, partiendo del sofisma *no es feliz, por eso llora* que acuñaron al calor del insomnio. Los chicos aumentaron su rendimiento escolar, el marido comenzó a volver temprano, todos los fines de semana elegían un nuevo itinerario a lo largo y a lo ancho de las sierras. No hubo otra mejora que la compensación metabólica lograda a razón de los tres litros de agua que le hacían beber a cada hora.

Pero el asunto se tornó realmente grave cuando las lágrimas comenzaron a manar en forma de chorro y ya no se pudo calcular la frecuencia. Las salidas se suspendieron, no se la podía trasladar porque el bidón de diez litros apenas le alcanzaba para llegar a la vereda. Y cuando pidieron el camión de riego del municipio, les contestaron que no estaba previsto prestarlo para pasear. Tuvo que resignarse a caminar por la casa hasta el extremo de la manguera que unía su garganta a la canilla.

Las cosas parecieron mejorar cuando el marido comenzó a pagar las culpas que creyó encontrar en el sillón del analista. Le compró un lavarropas computarizado, un auto monumental, un robot procesador de alimentos. Hizo arreglos para que el gobierno rentara un buque cisterna de cien mil toneladas, pero ella frustró la iniciativa porque no tenía más ganas de salir de su casa. Lo dijo por escrito: no pudo quitarse la manguera de la boca para no morir deshidratada.

Para colmo de males tuvieron que marcharse a una isla, porque los ríos que salían de su casa creaban dificultades en el tránsito. Ya no había esperanzas ni agua que alcanzara para compensar la pérdida. La obligaron a vivir sumergida, enchufada a veinte aparatos que controlaban su metabolismo deteriorado. El médico le pidió al marido un último es-

fuerzo, y en un arranque de llanto se arrepintió de todas las infidelidades que comenzó a enumerarle.

¿Quedaba algo por hacer, había alguna fuerza humana capaz de detener esa rebelión de la naturaleza, atípica, húmeda y feroz como la muerte al revés, metida en un cuerpo tenaz como la propia vida? ¿Qué le quedaba a ese pobre marido después de hacerle otro hijo, enredado entre los cables, mientras sacaba la cabeza del agua cada treinta segundos, cada quince, cada dos, para no ahogarse? ¿Qué, después de jurarle cosas nuevas, qué después de escuchar gritar a sus tres hijos *¡viva mamá, viva!* cada mañana, todas las semanas y todos los meses?

Así pasaron los años. Hasta que un jueves de abril caluroso y nublado, a las tres de la tarde, dejó de llorar.

NO NOS GUSTA TU ROSTRO

Todo comenzó cuando Gabriela me dijo:

¡Mirá papá, esa piedra se ríe!

Tomábamos sol a la orilla del río, a mediados de enero, obligados a esperar la bajante de las aguas después de una semana de tormentas.

¿Cuál?

Aquélla.

Por no tener en cuenta los sentimientos minerales, no había notado la alegría de esa roca que saciaba su sed con la boca abierta en media-luna, que con su enorme cuerpo clausuraba los fondos de la playita que tomábamos por asalto con Graciela, todas las mañanas, al alba, para ganarles de mano a los vecinos del campamento. Lo hacíamos porque allí la sombra duraba hasta la siesta. Ansiosos de que se fuera la creciente bautizamos el rincón. Para nosotros fue *Playa Sonrisa*, para nadie más. No alcanzamos a comunicar el hallazgo, su nombre fue hasta que las aguas

bajaron, dejando negra de maleza y troncos la arena codiciada.

Cierta mañana me dispuse a limpiarla, y, contemplando la mueca de la roca, encontré lo que encontré. Increíble: mirándola de cerca era más un gesto de dolor que una sonrisa lo que torcía su boca para abajo. Casi diría que a su alrededor todo se transformó en una penumbra hueca –si es que tiene volumen la textura de la sombra– y sin darme cuenta comencé a hundirme en la arena. Algo –alguien– me había tomado del talón y me tiraba hacia abajo, me sacudía cada vez que intentaba liberarme para correr y gritar, si algún sonido accedía a salir de mi garganta. Primero fue el pie, finalmente la rodilla, lo que vi desaparecer desesperado. Eso me indujo a cavar con mis manos la humedad helada a un ritmo mayor que el hundimiento. Si estaba asustado, cuando aparecieron los dedos de esa manecita capturando mi tarso casi muero. No sé cómo logré zafar, sólo me cabe que corrí en dirección a la posta policial sin siquiera detenerme en nuestra carpa.

Cuando los bomberos, en presencia del juez, desenterraron el cadáver descabezado a dentelladas, la voz unánime condenó las andanzas del Lobo. Era el tercero que hallábamos, entre un mes y seis años de edad, comidos hasta los huesos del cráneo por esa mandíbula que aún

permanecía en el anonimato.

II

Pero en verdad, todo comenzó una tarde de abril, cuando intentaba llamar al diario desde un teléfono público para avisar que estaba a punto de obtener una pista. Llovía a cántaros. Lo recuerdo por los ríos que se formaban en la calle de aguda pendiente, por el hecho incómodo y a la vez inquietante de tener que hablar a espaldas al auto y al teléfono: uno de los vidrios de la cabina estaba roto. ¿Habrá sido programado por él? Estoy seguro de que las puertas del coche estaban trabadas o con llave, y le había advertido a Gabrielita que no le abriera absolutamente a nadie. Es más: de cuando en cuando vigilaba que todo permaneciera inmutable, temeroso de que fuera a darme una sorpresa a guisa de venganza. Después me dijeron los curiosos que, de no haber estado de espaldas, habría podido ver cómo se desplazaba el auto marcha atrás, por la pendiente, habría podido ver a Gabrielita rasguñando los vidrios con la boca abierta ante la presencia del extraño. Sin embargo nadie vio su rostro, nadie supo decirme cómo había hecho el Lobo para llevarse mi coche y mi tesoro.

Graciela soportó la pérdida porque yo me las ingenié para contagiarle una esperanza remota, a costa de mi dolor y de mi culpa. La arrastré en una búsqueda sádica de huellas que nunca encontramos, ni siquiera en el auto que apareció dos meses después en un recodo del río, con la radio prendida y el tanque lleno, pero nada que delatara la presencia del monstruo ni la vida de Gabriela. Y se nos hizo difícil aceptar que eligió a nuestra pequeña porque era preciosa, mucho más inteligente que cualquiera de su edad.

III

Pero a fuerza de sinceridad, todo comenzó la tarde en que llegó Daniel con las fotos, sudoroso y exhausto.

Este es el Lobo, dijo.

Todas eran oscuras, borrosas, tomadas en movimiento, pero ello no obstó para que Graciela se llevara las manos al vientre que se hinchaba y exclamara en un grito:

Pero… ¡Si es Daniel!

Yo la miré con extrañeza.

¿Qué Daniel?, preguntó Daniel a su vez.

¡Daniel Sánchez!

¡Mi Dios!, recuerdo que dije.

Todo se enlazaba en un curioso rito parental. Daniel de Nebia, el autor de las fotos, era primo de Graciela. Daniel Sánchez, mi primo. Me costó reconocerlo porque en ninguna de las impresiones se le veía el rostro, tuve que pedir el auxilio de Graciela –¡que no lo conocía!– para aceptar que era él.

¿No ves cómo corre? ¿No ves la grasa que tiene en el vientre?, dijo, para terminar de convencerme de que en verdad era mi primo, a quien yo no veía desde diez años atrás.

La duda que sobrevino llegó por la boca del comisario. Para empezar, en ninguna de las fotografías había pautas de que fuera nuestro temible enemigo. No se lo veía con niños sino simplemente corriendo, o mirando por encima del baúl de un auto desde atrás de su barriga, o agachado en procura de atarse los zapatos. El comisario nos hizo entender que la intuición de Graciela no era suficiente para incriminarlo. Daniel Sánchez era un excelente empleado administrativo, y su hobby, el aeromodelismo, nada tenía que ver con la gula infanticida de la fiera. Después de las horas de oficina se dedicaba a remontar sus avioncitos por encima

de los árboles de la plaza hasta cerca de medianoche. Nada había que hiciera dudar –comisario mediante– de la integridad de Daniel.

IV

Aunque a los fines de esta historia, todo comenzó en la tarde en que convencimos a la autoridad de la urgencia de tenderle una trampa. Llegaban a dieciocho los niños inmolados y eso es demasiado para cualquier comunidad. La vigilancia de Daniel no había dado los frutos que se esperaban: su vida era demasiado normal, su comportamiento excelente, inmaculada su foja de servicios. Pero Graciela y yo, y también Daniel –el que tomó las fotos– estábamos convencidos de que era el asesino.

No tuvimos dificultad para programar la celada. Había unos galpones desocupados en las afueras del pueblo donde se guardaban deshechos ferroviarios, herméticos en cuanto a las posibles salidas que el Lobo pudiera utilizar para escapar. Uno de ellos, el elegido, tenía sólo dos portones de acceso, y las claraboyas que bordeaban el cielorraso demasiado altas aún para escaleras. Más de veinte policías con pertrechos rodearían la zona, mimetizados con la sombra y el silencio, dejando entrar pero no

salir a cuanta persona rondara por el lugar.

En el centro del galpón el señuelo, indefenso, tierno, inexplicablemente solo. Las inquietudes que expusimos, de que el Lobo no iba a ser tonto para no darse cuenta de la trampa, nos fueron respondidas así: los animales no razonan, el instinto les previene pero el hambre los pierde. Los motivos que nos impulsaron a ofrecer nuestro recién nacido como cebo fueron tres: deseábamos ayudar a terminar con la fiera; la seguridad era óptima; confiábamos en que su porción de humanidad lo haría dudar de la inocencia del retoño abandonado.

Pero fue a la cita. Agazapados en la sombra escuchamos sus pasos cada vez más cerca, tanto, que su olor salvaje nos inundó y nos repugnó. Daniel, con la cámara lista, el comisario, nosotros mismos, ni respirábamos, temerosos de que el mínimo sonido lo ahuyentara. No alcanzábamos a imaginar la sorpresa en su rostro cuando encendiéramos las luces para aprehenderlo.

Por fin, después de merodear un rato, se decidió.

Estaba prohibido fumar: nadie llevaba ni fósforos ni cigarrillos. ¡Nadie llevaba una mísera linterna en el bolsillo! Después –sólo después– supimos que el apagón fue general. En la confusión alguien empujó a Daniel

que se perdió la foto de su vida. Entre los gritos desesperados y las corridas se escuchó clarito, clarito, el llanto del bebé.

PAJARITO DE AGUA

Pajarito de Agua, solía decir una mujer que escribía bellas poesías y dulces cuentos. Se llamaba Edith Vera. Pero, ¿qué son los **Pajaritos de Agua**? Acaso pajaritos que nacen después de un día lluvioso, de esas lluvias finitas y persistentes que ponen brillantes las plantas. O acaso aquellos que viven cerca del cauce de un río de aguas cristalinas pintadas de verde por un sauce; un río- espejo que refleja el aletear vigoroso del pajarito que se siente libre. O acaso aquél pajarito que mora en una nube azul y organiza, con otros pajaritos, los aguaceros que volverán fértiles a los campos. Hoy, **Pajarito de Agua** es una colección de cuentos. Cuentos que nos hacen volar. Cuentos que nos enseñan, ayudándonos a conocernos y a conocer la vida. Cuentos que nos hacen crecer, como si fuesen una vitamina para el alma. Cuentos que nos tornan más solidarios y mejores amigos, aproximándonos a los otros seres con los cuales compartimos el mundo. Cuentos que nos divierten, como los compañeros del cole. Eduvim, la editorial de la Universidad Nacional de Villa María, se regocija de haber facilitado el encuentro entre los/as jóvenes y estos Pajaritos de Agua vestidos de cuento.

Fernando López: Nació en San Francisco y actualmente reside en Córdoba. Publicó las novelas *El mejor enemigo*, (El Cid, 1984 y 1986; Narvaja, 1998); *Arde aún sobre los años* (Casa de las Américas, Cuba, 1985; Sudamericana, 1986; Pahl-Rugenstein, Alemania, 1989; Recovecos, Córdoba, 2007); *El enigma del ángel* (Narvaja, 1998); *La sombra del agua* (Del dragón, 2004); *Odisea del cangrejo* (Planeta, 2005); *Bilis negra* (del Copista, 2005); *Áspero cielo*, (El Emporio, 2007). Y los libros de cuentos *El ganso parlante* (Sudamericana, 1987); *La noche de Santa Ana* (Lerner, 1992); *Duendes al alba* (Alción, 1995). Obtuvo los premios **Latinoamericano de Narrativa** (Colima, México, 1984) y **Casa de las Américas**, Cuba (1985); fue Finalista del **Premio Planeta Argentina 2004**. Otros cuentos de su autoría fueron publicados en antologías y revistas de Chile, Cuba, México, España, Suecia, EE.UU e Israel.

UNIVERSIDAD
NACIONAL DE
VILLA MARIA